



Parizada, Fátima se expande más allá de las fronteras del texto y alcanza a la poeta, camina las calles del poema como la autora lucha con las palabras en el papel. Fátima, Parizada, Poeta: las fronteras se diluyen, el derviche aparece y anuncia que las puertas están abiertas, pero las flechas pueden ser erradas.

El siguiente grupo de poemas, también cuatro, va precedido por el título “Heraldo” y se convierte en una Anunciación: una historia de fecundación, parto y castigo. Al final la voz del derviche declara que ya no es el visitador de puertas, sino la puerta misma. El texto que encabeza esta sección es un poema en palimpsesto, que no es uno sino dos, que no son dos sino cuatro, que no son cuatro sino muchos. Es una puesta en escena de la fecundación, una multiplicación de las posibilidades de lectura, y todo ello en el tiempo que dura un golpe de rayo.

La quinta parte del libro, “Río”, en equilibrio con las anteriores, está compuesta por otros cuatro poemas que corresponden a los tres hijos de Fátima y al derviche jardinero, el salvador del linaje real. Y los hijos “negados” se convierten en metáfora de los hijos literarios no logrados, de la batalla que se libra al interior de la escritura creativa:

Suprimir, tachar, borrar.

Río abajo, río abajo.

La tierra misma ayuda a deslindarte.

Suprimes, tachas, te desdices, te retractas.

*Aquí nunca, nadie, no, jamás...*

Ha quedado purgada tu locura.

*...nada, ni siquiera, no...*

Fue cosa de la noche, cosa indigna (pp. 62-63).

Y la estrofa continúa, desdoblándose, otra vez, en palimpsesto.

Llegamos a la sexta estancia, “Deseos”. Parizada es la protagonista definitiva de esta



sección del libro, ahora formada por seis poemas. Es el viaje de la heroína, un recorrido hacia la madre perdida y recuperada, hacia los hermanos perdidos y recuperados. Parizada, como su madre, lo desea todo, pero esta vez los deseos no se cumplen por el mandato de un Sultán caprichoso, sino por el coraje de Parizada, por su voluntad de llegar hasta la cumbre de la montaña. Es una trayectoria de descubrimiento y empoderamiento, un tributo “a la sordera selectiva”. Al final, es Parizada el derviche joyero que logra que las cuentas del collar vuelvan a correr, mujer resucitadora de estatuas. En esta parte del libro, la autora hace gala de los juegos tipográficos, une y separa las palabras en los versos de tal manera que nos entrega a una “madre emparedada viva” y a una “madre en pared, [h]ada viva” (p. 73). Este recurso no es exclusivo del sexto grupo de poemas, pero en esta sección alcanza su momento culminante, como la historia misma.

En la última sección, Parizada se une al linaje de las mujeres que han deseado y conseguido, y su turbante desenredándose al viento, en plena cabalgata, es el hilo maestro

de un tejido literario que se sabe triunfante, que “goza su imparable poder disolutivo” (p. 94). Es mujer que emprende el vuelo, derviche encumbrado.

El *samá*, la danza meditación de los derviches giróvagos, siempre va acompañado de música. En su versión más desnuda, de la música de flautas; en otras variantes se incluyen más instrumentos. Así, la poesía de Ana Elena González hace música para acompañar a los personajes, los induce a girar al ritmo de las aliteraciones y las asonancias, las rimas de distintas naturalezas. Hay en este libro un cuidado artesanal del lenguaje, un gusto por el equilibrio, lo cuidadosamente sopesado. Se busca un tipo de belleza que gire en espiral, que se proyecte hacia afuera en un cono infinito.

El maestro Rumi, fundador de los derviches giróvagos, decía: “el *samá* es el adorno del alma que ayuda a ésta a descubrir el amor, a experimentar el escalofrío del encuento, a despojarse de los velos y a sentirse en presencia de Dios”.

Ana Elena González, *Parizada o la ronda de los derviches*, Editorial Leer y Escribir, México, 2006, 110 pp.

El libro está escrito en un tono solemne, y encontramos en él una reivindicación de lo femenino que inicia en el extremo opuesto del péndulo.